



SAKHU

Por Ada Albrecht

La milenaria ciudad de Karhad se erguía majestuosa entre dos ríos: el Krishna y el Koyna. Vivía allí, hace unos trescientos años, una joven maravillosa, profunda devota del Dios Vishnu.

Sus labios siempre repetían el Nombre de su Señor, a quien ella había entregado su corazón desde muy niña, de modo que las tareas propias del hogar pasaban desapercibidas por su alma pletórica de mística. En efecto, las realizaba de manera inconsciente, sin prestarle demasiada atención: todo su Ser se hallaba inmerso en el recuerdo de Hari, Nuestro Señor.

Como todas las niñas hindúes, fue desposada con un joven lugareño, a la edad de siete años. Al cumplir los quince, pasó a vivir definitivamente con su familia política.

Esta vieja costumbre de India, trata de salvaguardar la moral y el futuro de los jóvenes, ya que, por su inexperiencia en la vida pueden hallar compañías peligrosas, y aún contraer enla-

ce con personas poco dignas. Los padres, pues, prefieren, buscando pareja a sus hijos e hijas, cuidar también de su futuro, velando por ellos toda la vida, no solamente durante los años de crianza.

En el caso de Sakhu, las cosas no fueron del todo bien. Una suegra de carácter agrio, una cuñada mundana y un marido sometido al poder materno, le hicieron la vida difícil. Siempre había acusaciones con respecto a las actitudes de la santa devota, por parte de su cuñada:

—Madre —decía—, Sakhu permanece orando todo el día, y descuida sus tareas hogareñas.

—Yo pondré orden en su mente —decía entonces la airada suegra, quien con castigos y regaños deseaba alejarla de cuanto fuera Religión.

En una ocasión, incluso, destruyó una pequeña imagen del Dios Vishnu por la cual Sakhu sentía profunda veneración.

Ella, Sakhu, pedía a Dios le otorgara fuerzas para tolerar mansamente semejantes ignominias.

Cierta vez en que Sakhu iba a la fuente de la ciudad en busca de agua, observó algo que la dejó extasiada: una procesión de fieles que se dirigían al Templo de Vishnu, Templo al cual, por años, había deseado con toda su alma visitar.

No lo pensó dos veces. Dando los recipientes para el agua a una vecina, se fue con la procesión, cantando el Nombre de Dios. Nada anhelaba tanto en la vida, como ver Su Imagen, y adorarlo en Su propia Casa.

Enterada su suegra de semejante actitud, cayó con todo tipo de recriminaciones sobre su hijo, al cual ordenó que fuera inmediatamente en búsqueda de su esposa. Éste, como siempre obediente a las órdenes maternas, la halló y arrastró de los cabellos, azotándola durante el regreso e insultándola con las peores palabras. Una vez en la casa, ayudado por sus padres y hermana, la ató a un poste con una rústica soga.

—¡De allí no escaparás! —le dijo, mofándose de su devoción.

—Además —agregaron los otros—, permanecerá sin comer, atada al poste, hasta que lo dispongamos.

Así pues, la pobre Sakhu, se hallaba triste y desvalida, no por el castigo, sino por no haber podido dirigirse al amado Templo.

—¿Qué haré Señor? —decía—. No me permiten orar, ni visitar Tu Casa, mas yo te prometo que mientras permanezca atada, sólo Tú vivirás en mi corazón...

...Y así fue, ya que con los ojos cerrados, lograba contemplar el rostro de su Señor mucho más vívidamente que cuando lo miraba con sus ojos físicos en la imagen amada.

Y ocurrió un milagro, que pasamos a narrar.

Sintió entonces Su Voz, que le decía:

—Sakhu, escúchame: al abrir tus ojos verás a una joven idéntica a ti, que tomará tu lugar en el poste, para que puedas visitar el Templo que tanto amas. Esa joven, seré Yo mismo, transfigurado, Yo mismo quien, por amor a una de Mis devotas, que eres tú, te dará la libertad que deseas para tu peregrinación.

Y así fue. Sakhu, ya sin ataduras, voló, más que anduvo, por el largo camino, cumpliendo el mandato de su Bienamado. Una vez en él, y contemplando el rostro sonriente de su Señor, en el altar, y recordando Su aparición en su propio hogar, se dijo muy dentro de su corazón:

—¡Señor mío, Te he visto! Ya no deseo vivir más, pues todo cuanto pueda contemplar con mis ojos, manchará la imagen santificada que ellos atesoran de Ti.

Y así, postrándose completamente ante el altar, dejó yacer su cuerpo ante su Dios, y entregó la vida.

Un vecino suyo, al reconocerla, tomó a su cargo toda la ceremonia de cremación, allí mismo, en el Templo, ya que por lo

distante que estaba de la ciudad, no podía esperarse para realizar los funerales.

El mismo vecino depositó el cuerpo en su lecho de leños secos, y vio cómo brotaba entre las llamas la purísima flor de la blanca ceniza, mientras el almita de Sakhu ascendía feliz a Vaikuntha, el Cielo de Vishnu, su Señor.

La familia de Sakhu, mientras tanto, allá, en su hogar, contemplaba a la joven atada al poste, y sin saber por qué, sentían en sus duros corazones nacer una ternura infinita, como nunca habían tenido por ella, de modo que, desatándola de su duro cautiverio, diéronse en colmarla de caricias y alimentos.

Durante los días siguientes, en la casa, ella realizaba las tareas hogareñas más perfectamente que nunca... ¡Nadie sospechaba que era el mismo Vishnu quien moraba entre ellos!

Cierta vez, en que la supuesta Sakhu recogía el agua de la fuente de la ciudad, atinó a pasar junto a ella el vecino que la cremara tiempo atrás en el Templo. ¡Ay! No podía creer a sus ojos, no, esa joven no podía ser Sakhu. ¡Sakhu estaba muerta! Él mismo la había visto fallecer, él preparó la ceremonia de cremación, él esparció las cenizas al viento. Y como su emoción era demasiado grande, desmayóse allí mismo, a los pies de la supuesta joven.

Vishnu, entonces, se dijo:

—Creo que los parientes de Mi devota, nunca más abusarán de ella. Debo retornarla a la vida, ya que la lección está aprendida.

Y así fue, pues quien regresó a casa de su esposo esta vez, era la misma Sakhu, en el cuerpo que ocupara Vishnu todos esos días. El vecino, y todos cuantos acompañaron a Sakhu en la ceremonia de cremación, juraban que había muerto. ¿Cómo entonces, podía de nuevo hallarse viva?

Sakhu explicó:

—Es cierto. Yo pedí morir ante el altar de mi Señor, y así fue, ascendí luego a Vaikuntha, el Cielo, y moré allí, en medio de felicidad indescriptible, hasta que mi Señor, hablando dentro de mi alma, me dijo que debería estar nuevamente con ustedes. Mi tarea será despertarlos a la Fe en Dios, al Amor, a la dulzura.

—¡Oh! —dijo entonces su suegra—, ¡ahora comprendo por qué, al desatar su cuerpo del poste, sentí que todo mi espíritu se transformaba en mieles!

—¡Cuánto me arrepentí de haberte golpeado! —dijo su esposo.

—Y yo, de haberte acusado y maltratado —dijo su cuñada.

—Es porque Él, al estar entre ustedes, les llenó de Amor el corazón —dijo entonces Sakhu—. No era yo, era Él, quien vino a fin de transformar este hogar en un canto de armonía...

Durante años, la casa de Sakhu fue considerada sagrada. Iba la gente allí, para beber del milagro que tuviera lugar.

—Dios protege a los que Lo aman —decía Sakhu—. ¡Amad a Dios con todo vuestro Ser y veréis cómo Él se os revela en forma de Bienaventuranza!

Centenares de años han pasado, pero... aún continúan los peregrinajes a la antigua ciudad de Karhad, donde viviera esa gran devota de Vishnu. Un manantial, cuando surge de las entrañas de la tierra con su agua purísima, da vida a cuantos se acercan a beber de sus aguas.

Un alma, enaltecida por el Amor a Dios, comunica la sagrada ambrosía de la Devoción a todos sus hermanos, llenando sus corazones de sagradas mieles.

Del libro Santos y enseñanzas de la India, Ed. Hastinapura
